

A LOS ESPACIOS...

A los espacios entregarme quiero
donde se vive en paz y con un manto
de luz, en gozo embriagador henchido,
sobre las nubes blancas se pasea,
y donde Dante y las estrellas viven.
Yo sé, yo sé, porque lo tengo visto
en ciertas horas puras, cómo rompe
su cáliz una flor, —y no es diverso
del modo, no, con que lo quiebra el alma.
Escuchad, y os diré: —viene de pronto
como una aurora inesperada, y como
a la primera luz de primavera
de flor se cubren las amables lilas...
Triste de mí: contároslo quería,
y en espera del verso, las grandiosas
imágenes en fila ante mis ojos
como águilas alegres vi sentadas.
Pero las voces de los hombres echan
de junto a mí las nobles aves de oro.
Ya se van, ya se van: ved cómo rueda
la sangre de mi herida.
Si me pedís un símbolo del mundo
en estos tiempos, vedlo: un ala rota.
Se labra mucho el oro, el alma apenas!—
ved cómo sufro. Vive el alma mía
cual cierva en una cueva acorralada:—
oh, no está bien; me vengaré, llorando!

José Martí, *Versos libres*, 1882.

¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? ¿Aquellos celajes de oro y múrice¹ con que se viste el ángel de los ponientes, por qué no tiemblan en tu dombo²? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpuraba las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me vi a la altura de las cordilleras! ¿Sobre qué sitio erguirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y sólo tienes para mis ojos la monotonía de tu cenit, por donde pasa el plácido sabor, que jamás alumbra las hojarascas de tus senos húmedos!

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos³, y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multísonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez y la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable, desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que a la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión.

Déjame huir, oh selva, de tus enfermizas penumbras, formadas con el hálito de los seres que agonizaron en el abandono de tu majestad. ¡Tú misma pareces un cementerio enorme donde te pudres y resucitas! ¡Quiero volver a las regiones donde el secreto no aterra a nadie, donde es imposible la esclavitud, donde la vida no tiene obstáculos y se encumbra el espíritu en la luz libre! ¡Quiero el calor de los arenales, el espejeo de las canículas, la vibración de las pampas abiertas! ¡Déjame tornar a la tierra de donde vine, para desandar esa ruta de lágrimas y sangre que recorrí en nefando día, cuando tras la huella de una mujer me arrastré por montes y desiertos, en busca de la Venganza, diosa implacable que sólo sonríe sobre las tumbas!

José Eustasio Rivera (Colombia), *La vorágine*, 1924.

¹ múrice: color púrpura.

² dombo: bóveda en forma de media esfera.

³ bejuco: planta sarmentosa y trepadora, propia de regiones tropicales.

Como decía, me llamo Juan Pablo Castel. Podrán preguntarse qué me mueve a escribir la historia de mi crimen (no sé si ya dije que voy a relatar mi crimen) y, sobre todo, a buscar un editor. Conozco bastante bien el alma humana para prever que pensarán en la vanidad. Piensen lo que quieran: me importa un bledo; hace rato que me importan un bledo la opinión y la justicia de los hombres. Supongan, pues, que publico esta historia por vanidad. Al fin de cuentas estoy hecho de carne, huesos, pelo y uñas como cualquier otro hombre y me parecería muy injusto que exigiesen de mí, precisamente de mí, cualidades especiales; uno se cree a veces un superhombre, hasta que advierte que también es mezquino, sucio y pérfido. De la vanidad no digo nada: creo que nadie está desprovisto de este notable motor del Progreso Humano. Me hacen reír esos señores que salen con la modestia de Einstein o gente por el estilo; respuesta: *es fácil ser modesto cuando se es célebre*; quiero decir *parecer modesto*. Aun cuando se imagina que no existe en absoluto, se la descubre de pronto en su forma más sutil: la vanidad de la modestia. ¡Cuántas veces tropezamos con esa clase de individuos! Hasta un hombre, real o simbólico, como Cristo, pronunció palabras sugeridas por la vanidad o al menos por la soberbia. ¿Qué decir de León Bloy¹, que se defendía de la acusación de soberbia argumentando que se había pasado la vida sirviendo a individuos que no le llegaban a las rodillas? La vanidad se encuentra en los lugares más inesperados: al lado de la bondad, de la abnegación, de la generosidad. Cuando yo era chico y me desesperaba ante la idea de que mi madre debía morir un día (con los años se llega a saber que la muerte no sólo es soportable, sino hasta reconfortante), no imaginaba que mi madre pudiese tener defectos. Ahora que no existe, debo decir que fue tan buena como puede llegar a serlo un ser humano. Pero recuerdo, en sus últimos años, cuando yo era un hombre, cómo al comienzo me dolía descubrir debajo de sus mejores acciones un sutilísimo ingrediente de vanidad o de orgullo. Algo mucho más demostrativo me sucedió a mí mismo cuando la operaron de cáncer. Para llegar a tiempo tuve que viajar dos días enteros sin dormir. Cuando llegué al lado de su cama, su rostro de cadáver logró sonreírme levemente, con ternura, y murmuró unas palabras para compadecerme (¡ella se compadecía de mi cansancio!). Y yo sentí dentro de mí, oscuramente, el vanidoso orgullo de haber acudido tan pronto. Confieso este secreto para que vean hasta qué punto no me creo mejor que los demás.

Sin embargo, no relato esta historia por vanidad. Quizá estaría dispuesto a aceptar que hay algo de orgullo o de soberbia. Pero ¿por qué esa manía de querer encontrar explicación a todos los actos de la vida? Cuando comencé este relato, estaba firmemente decidido a no dar explicaciones de ninguna especie. Tenía ganas de contar la historia de mi crimen, y se acabó: al que no le gustara, que no la leyese. Aunque no lo creo, porque

precisamente esa gente que siempre anda detrás de las explicaciones es la más curiosa y pienso que ninguno de ellos se perderá la oportunidad de leer la historia de un crimen hasta el final.

Podría reservarme los motivos que me movieron a escribir estas páginas de confesión; pero como no tengo interés en pasar por excéntrico, diré la verdad, que de todos modos es bastante simple: pensé que podrían ser leídas por mucha gente, ya que ahora soy célebre; y aunque no me hago muchas ilusiones acerca de la humanidad en general y de los lectores de estas páginas en particular, me anima la débil esperanza de que alguna persona llegue a entenderme. AUNQUE SEA UNA SOLA PERSONA.

«¿Por qué —se podrá preguntar alguien— apenas una débil esperanza si el manuscrito ha de ser leído por tantas personas?» Este es el género de preguntas que considero inútiles. Y, no obstante, hay que preverlas, porque la gente hace constantemente preguntas inútiles, preguntas que el análisis más superficial revela innecesarias. Puedo hablar hasta el cansancio y a gritos delante de una asamblea de cien mil rusos: nadie me entendería. ¿Se dan cuenta de lo que quiero decir?

Existió una persona que podría entenderme. Pero fue, precisamente, la persona que maté.

Ernesto SÁBATO, El túnel, 1948.

A RUBÉN DARÍO
Y
OTROS CÓMPlices¹

Aut insanit homo, aut versus facit.

HOR., Sat. VII, lib. II²

*Habéis de saber
Que en cuítas de amor,
Por una mujer
Padezco dolor.*

Esa mujer es la luna,
Que en azar de amable guerra,
Va arrastrando por la tierra
Mi esperanza y mi fortuna.

La novia eterna y lejana
A cuya nívea belleza
Mi enamorada cabeza
Va blanqueando cana a cana.

Lunar blancura que opreso
Me tiene en dulce coyunda,
Y si a mi alma vagabunda
La consume beso a beso,

A noble cisne la iguala,
Ungiéndola su ternura
Con toda aquella blancura
Que se le convierte en ala.

*En cárcel de tul,
Su excelsa beldad
Captó el ave azul
De mi libertad.*

A su amante expectativa
Ofrece en claustral encanto,
Su agua triste como el llanto
La fuente consecutiva.

Brilla en lo hondo, entre el murmurio,
Como un infusorio³ abstracto,
Que mi más leve contacto
Dispersa en fútil mercurio.

A ella va, fugaz sardina,
Mi copla en su devaneo,
Frita en el chisporroteo
De agri dulce mandolina.

Y mi alma, ante el flébil⁴ cauce,
Con la líquida cadena,
Deja cautivar su pena
Por la dríada⁵ del sauce.

*Su plata sutil
Me dió la pasión
De un dardo febril
En el corazón.*

Las guías de mi mostacho
Trazan su curva; en mi yelmo,
Brilla el fuego de San Telmo⁶
Que me erige por penacho.

Su creciente está en el puño
De mi tizona, en que ríela
La calidad paralela
De algún ínclito don Nuño.

Desde el azul, su poesía
Me da en frialdad abstrusa,
Como la neutra reclusa
De una pálida abadía.

Y más y más me aquerencio
Con su luz remota y lenta,
Que las noches trasparente
Como un alma del silencio.

*Habéis de saber
Que en cuítas de amor,
Padezco dolor
Por esa mujer.*

Leopoldo LUGONES, Lunario vintenta, 1909.

ESCENA III

Por la puerta que da al trono, sobre el estrado, aparece SUSANA. Está caracterizada a lo protagonista de tragedia antigua, el cabello suelto, túnica de pieles y sandalias. El rostro demacrado, las ojeras profundas. Su aspecto es siniestro.

SUSANA. - Alegres invitados, ¿cómo me encuentran? (*Cesa la música.*)

TODOS (*a coro*). - Bien, bien...

JUAN (*saltando al estrado*). - Distinguida concurrencia. Un minuto de silencio, que no seré latero. Tengo el gusto de presentarles a la inventora de la tragedia y de la más descomunal tomadura de pelo que se tiene conocimiento en Buenos Aires. Nosotros los porteños nos hemos especializado en lo que técnicamente denominamos cachada. La cachada involucra un concepto travieso de la vida. Si mal no recuerdo, el difunto literato José Ingenieros organizó, con otros animales de su especie, una peña de cachadas, pero todas palidecen comparadas con ésta, cuya autora es la pulcra jovencita que con ojos apasionados contemplamos todos. Servidos, señores.

VOCES. - Bien, bien, que hable Susana.

VOCES. - Sí, que hable. (*JUAN baja del estrado.*)

SUSANA (*avanza hacia la punta del estrado. Se hace silencio*). - No conviene que un autor hable de su obra antes de que el desenlace horripile a la concurrencia. Lo único que les digo es que el final les divertirá bárbaramente. (*Baja. Aplausos. Los grupos se desparraman y charlan entre sí.*)

LUISA. - Apártate un poco el pelo de la frente.

SUSANA. - ¿Qué tal estoy?

ERNESTO. - Tenés un aspecto trágico.

DIONISIA. - Si recitas bien lo que aprendiste, vas a poner frío en el alma.

DEMETRIO. - Tenés el aspecto de una endemoniada.

ERNESTINA. - El que está bien es Juan con su piel de cabra.

JUAN (*incorporándose al grupo. A SUSANA*). - Mirá si Saverio no viene ...

SUSANA. - Vendrá, no te preocupés.

DEMETRIO. - A la que no veo por aquí es a Julia.

SUSANA (*irónicamente*). - Julia es una mujer seria, que no toma parte en estas payasadas.

DEMETRIO. - Mirá si te salís casando con el mantequero.

SUSANA (*irritada*). - No digas pavadas.

MARIA. - El alboroto que se arma dentro de un rato aquí.

DEMETRIO (*volviéndose a todos y guiñándoles un ojo*). - Pero qué pálida estás, Susana...

SUSANA (*fría*). - Me he pintado mucho.

JUAN. - ¿No será miedo al Coronel?

MARÍA. - Mirá si intenta cortarle la cabeza... (*A los otros.*) Bueno, nosotros estamos aquí para defenderte.

DEMETRIO. - ¡Qué bueno sería que Saverio trajera la guillotina aquí!

JUAN (*a SUSANA*). - No tengas cuidado. Le hemos puesto en la vaina un sable de cartón.

SUSANA. - Me alegro de esa precaución. No está de más.

PEDRO (*irónico*). - Esta vez parece que ustedes se divierten en grande, ¿eh?

DIONISIA. - ¿Y vos? Creo que sos el que más se divierte.

ERNESTINA. - Deberíamos buscar a Julia.

SUSANA (*vivamente*). - No, por favor. Déjenla tranquila.

JUAN (*mirando en rededor*). - Pido la palabra. En mi pequeño discurso de hoy se me olvidó esta aclaración:

¿Saben lo que me recuerda esta escena? El capítulo del Quijote en que Sancho Panza hace de gobernador de la ínsula de Barataria.

DEMETRIO. - Es cierto ... Y nosotros. . . el de duques locos.

JUAN (*guiñando el ojo a todos*). - ¿Quién es el loco aquí?

TODOS (*haciendo círculo en derredor de SUSANA señalándola con el dedo*). - Susana.

SUSANA (*amablemente*). - Y quiero seguir siendo loca, porque siendo loca pongo en movimiento a los cuerdos, como muñecos.

JUAN (*levantando el brazo*). - Aquí todos somos locos, pero el más miserable de los locos aún no ha venido. Se hace desear. Hace sufrir a Susana. (*Volviendo a los otros.*) Porque Susana ama al vendedor de manteca. Lo ama tiernamente.

SUSANA (*riendo forzada*). - Esto sí que está bueno...

JUAN (*exaltado y declamatorio*). - Pero yo también amo a Susana. Pero ella, sorda, no escucha mis palabras. Sigue su ruta por un camino sombrío e ignorado.

TODOS (*a coro*). - Bien... Bien...

JUAN. - No digo más ... Me han interrumpido en lo mejor.

LUISA. - Pero ese Saverio, ¿viene o no viene?

DEMETRIO. - Parece que no viene.

ERNESTINA (*a PEDRO*). - ¿Por qué no vas a la estación?

Roberto Arlt, *Saverio el cruel* (Argentina, 1936).

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este mismo dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera, también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni mahometano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente.

Me duelo ahora sin explicaciones. Mi dolor es tan hondo, que no tuvo ya causa ni carece de causa. ¿Qué sería su causa? ¿Dónde está aquello tan importante, que dejase de ser su causa? Nada es su causa; nada ha podido dejar de ser su causa. ¿A qué ha nacido este dolor, por sí mismo? Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos neutros que algunas aves raras ponen del viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si la vida fuese, en fin, de otro modo, mi dolor sería igual. Hoy sufro desde más arriba. Hoy sufro solamente.

Miro el dolor del hambriento y veo que su hambre anda tan lejos de mi sufrimiento, que de quedarme ayuno hasta morir, saldría siempre de mi tumba una brizna de yerba al menos. Lo mismo del enamorado. ¡Qué sangre la suya más engendrada, para la mía sin fuente ni consumo!

Yo creía hasta ahora que todas las cosas del universo eran, inevitablemente, padres o hijos. Pero he aquí que mi dolor de hoy no es padre ni es hijo. Le falta espalda para anochecer, tanto como le sobra pecho para amanecer y si lo pusiesen en la estancia oscura, no daría luz y si lo pusiesen en una estancia luminosa, no echaría sombra. Hoy sufro suceda lo que suceda. Hoy sufro solamente.

César Vallejo, *Poemas en prosa*, 1939.

La vieja Mela extendía una gorgona sobre los nódulos del tiempo. Su cabellera nonagenaria había mezclado los blancos, las cenizas, la nieve, ofreciendo una paradoja azafranada, unos amarillos que parecían dejados por la refracción de la luz sobre las hilachas. Sus noventa y cuatro años parecían bastoncillos en manos de gnomos criados por el conde de Cagliostro¹. Como en algunos pintores los objetos se adelantan a su espacial adecuación, el tiempo se había escapado de su sucesión para situarse en planos favoritos, tiránicos, como si Proserpina y la *polis* actual se prestaran figuras con tan doméstica cordialidad que no presentasen las asimetrías de su extracción, los lamentos de su errancia evaporada. las sombras y los vivientes estaban a la altura que habían alcanzado el siglo anterior. Su desenvolvimiento en la secularidad posterior, su memoria no les había aplicado el rastrillo diferenciador. Sus sumergimientos y la aparición del hociquillo de los vivientes, se mantenían para la Mela en planos bipolares: los veía acercarse a su actual circunstancia, pero su memoria no se acercaba para devolverlos, sino para llevarlos a la laguna en que eran sombras, pero que ella sentía como hechos. Si había tratado a alguien a fines del siglo pasado, pero que ahora, trasladado a la nueva secularidad, hacía cinco años que había descendido al sombrío Orco, sus primeras palabras al visitante eran: Ayer estuve hablando con tu padre, estaba muy contento con su nuevo uniforme, le recordé los años en que se sentaba en el quicio de la puerta, hasta que le asustaba la campana del heladero. Se refería a una conversación mantenida treinta años atrás, y como nuestra visita había sido engendrada por la melancolía de tres días seguidos de lluvia, la abrazábamos para aprovecharnos de esa sombra temporal donde sus recuerdos monstruosos por causa de su enfermedad de la memoria, lograban hacer retroceder el tiempo y desenfundar intacto un cuerpo mutilado. Allí el tiempo era una gárgola, que al hablar regalaba los dones de la inmortalidad, pero que con la boca cerrada parecía petrificar los hechos, congelar las fuentes. De su boca saltaba el tiempo disfrazado, el hecho que se arrastraba como un fuego fatuo por una llanura que crujía al recibir el deshielo. Por su boca no entraban los ordenamientos del tiempo ni los silencios de los que en el comedor estaban jugando a las barajas, pero muy pronto aquella conversación fantasmal los trocaba a ellos también en fantasmas, pareciendo opulentos señores feudales, que leían en las tablas del Tarot² los próximos lamentos de sus desdichas y la cercanía de las fechas en que se oírían sus latigazos a la barca de la Estigia³.

¹ *Cagliostro*, Giuseppe Balsamo, llamado conde de Cagliostro (1743-1795) aventurero italiano, se relacionó con la masonería y fundó una secta llamada «de rito egipcio». Alcanzó gran fama y llegó a convencer a las masas de que poseía poderes sobrenaturales.

² *Tarot*, baraja medieval, que se usa para la adivinación.

³ *Estigia*, laguna de los infiernos cuyas aguas tenían la propiedad de hacer invulnerables a los que se sumergían en ella.

José Legama Lima, Paradiso, 1966.

Ni siquiera soy polvo

No quiero ser quien soy. La avara suerte
me ha deparado el siglo diecisiete,
el polvo y la rutina de Castilla,
las cosas repetidas, la mañana
que, prometiendo el hoy, nos da la víspera,
la plática del cura y del barbero,
la soledad que va dejando el tiempo
y una vaga sobrina analfabeta.
Soy hombre entrado en años. Una página
casual me reveló no usadas voces
que me buscaban, Amadís y Urganda.
Vendí mis tierras y compré los libros
que historian cabalmente las empresas:
el Grial, que recogió la sangre humana
que el Hijo derramó para salvarnos,
el ídolo de oro de Mahoma,
los hierros, las almenas, las banderas
y las operaciones de la magia.
Cristianos caballeros recorrían
los reinos de la tierra, vindicando
el honor ultrajado o imponiendo
justicia con los filos de la espada.
Quiera Dios que un enviado restituya
a nuestro tiempo ese ejercicio noble.
Mis sueños lo divisan. Lo he sentido
a veces en mi triste carne célibe.
No sé aún su nombre. Yo, Quijano,
seré ese paladín. Seré mi sueño.
En esta vieja casa hay una adarga
antigua y una hoja de Toledo
y una lanza y los libros verdaderos
que a mi brazo prometen la victoria.
¿A mi brazo? Mi cara (que no he visto)
no proyecta una cara en el espejo.
Ni siquiera soy polvo. Soy un sueño
que entreteje en el sueño y la vigilia
mi hermano y padre, el capitán Cervantes,
que militó en los mares de Lepanto
y supo unos latines y algo de árabe...
Para que yo pueda soñar al otro
cuya verde memoria será parte
de los días del hombre, te suplico:
mi Dios, mi soñador, sigue soñándose.

Jorge Luis BORGES, Historia de la noche, 1977.

El cuento que estaba empeñado en escribir, en esos días, se basaba en una anécdota que me había contado la tía Julia, algo que ella misma había presenciado en el Teatro Saavedra de La Paz. Doroteo Martí era un actor español que recorría América haciendo llorar lágrimas de inflamada emoción a las multitudes con "La Malquerida" y "Todo un hombre" o calamidades más truculentas todavía. Hasta en Lima, donde el teatro era una curiosidad extinta desde el siglo pasado, la Compañía de Doroteo Martí había repletado el Municipal con una representación que, según la leyenda, era el non plus ultra de su repertorio: la Vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor. El artista tenía un acerado sentido práctico y las malas lenguas decían que, alguna vez, el Cristo interrumpía su sollozante noche de dolor en el Bosque de los Olivos para anunciar, con voz amable, al distinguido público asistente que el día de mañana la Compañía ofrecería una función de gancho en la que cada caballero podría llevar a su pareja gratis (y continuaba el Calvario). Fue precisamente una representación de la Vida, Pasión y Muerte lo que había visto la tía Julia en el Teatro Saavedra. Era el instante supremo, Jesucristo agonizaba en lo alto del Gólgota, cuando el público advirtió que el madero en el que permanecía amarrado, entre nubes de incienso, Jesucristo-Martí, comenzaba a cimbearse. ¿Era un accidente o un efecto previsto? Prudentes, cambiando sigilosas miradas, la Virgen, los Apóstoles, los legionarios, el pueblo en general, comenzaban a retroceder, a apartarse de la cruz oscilante, en la que, todavía con la cabeza reclinada sobre el pecho, Doroteo-Jesús había empezado a murmurar, bajito, pero audible en las primeras filas de la platea: "Me caigo, me caigo". Paralizados sin duda por el horror al sacrilegio, nadie, entre los invisibles ocupantes de las bambalinas, acudía a sujetar la cruz, que ahora bailaba desafiando numerosas leyes físicas en medio de un rumor de alarma que había reemplazado a los rezos. Segundos después los espectadores paceños pudieron ver a Martí de Galilea, viniéndose de bruces sobre el escenario de sus glorias, bajo el peso del sagrado madero, y escuchar el estruendo que remeció el teatro. La tía Julia me juraba que Cristo había alcanzado a rugir salvajemente, antes de hacerse una mazamorra contra las tablas: "Me caí, carajo". Era sobre todo ese final el que yo quería recrear; el cuento iba a terminar así, de manera efectista, con el rugido y la palabrota de Jesús. Quería que fuera un cuento cómico y, para aprender las técnicas del humor, leía en los colectivos, Expresos y en la cama antes de caer dormido a todos los escritores risueños que se ponían a mi alcance, desde Mark Twain y Bernard Shaw hasta Jardiel Poncela y Fernández Flórez. Pero, como siempre, no me salía y Pascual y el Gran Pablito iban contando las cuartillas que yo mandaba al canasto. Menos mal que, en lo que se refería al papel, los Genaros eran manirrotos con el Servicio de Informaciones.

Mario Vargas Llosa, *La Tía Julia y el Escribidor*.
(1977)

Macario habría nacido algunos años después de haberse establecido la Dictadura Perpetua. Su padre, el libertino Pilar, era ayuda de cámara de El Supremo. Llevaba su apellido. Muchos de los esclavos que él manumitió —mientras esclavizaba en las cárceles a los patricios—, habían tomado este nombre, que más se parecía al color sombrío de una época. Estaban teñidos de su signo indeleble como por la pigmentación de la motosa piel.

Macario también. Lo escuchábamos con escalofríos. Y sus silencios hablaban tanto como sus palabras. El aire de aquella época inescrutable nos sapeaba la cara a través de la boca del anciano. Siempre hablaba en guaraní. Él dejó suave de la lengua india tornaba apacible el horror, lo metía en la sangre. Ecos de otros ecos. Sombras de sombras. Reflejos de reflejos. No la verdad tal vez de los hechos, pero sí su encantamiento.

—El hombre, mis hijos —nos decía—, es como un río. Tiene barranca y orilla. Nace y desemboca en otros ríos. Alguna utilidad debe prestar. Mal río es el que muere en un estero...

El fluctuaba estancado en el pasado.

—El Karái Guasú mandó tumbar las casas de los ricos y voltear los árboles —contaba—. Quería verlo todo. A toda hora. Los movimientos y hasta el pensamiento de sus contrarios, vendidos a los mame-lucos y portefios. Conspiraban día y noche para destruirlo a él. Formaban el estero que se quería tragar a nuestra nación. Por eso él los perseguía y destruía. Tapaba con tierra el estero...

No le entendíamos muy bien. Pero la figura de

El Supremo se recortaba imponente ante nosotros contra un fondo de cielos y noches, vigilando el país con el rigor implacable de su voluntad y un poder omnímodo como el destino.

—Dormía con un ojo abierto. Nadie lo podía engañar...

Véamos los sótanos oscuros llenos de enterrados vivos que se agitaban en sueños bajo el ojo insomne y tenaz. Y nosotros también nos agitábamos en una pesadilla que no podía, sin embargo, hacernos odiar la sombra del Karái Guasú.

Lo veíamos cabalgar en su paseo vespertino por las calles desiertas, entre dos piquetes armados de sables y carabinas. Montado en el cebruno sobre la silla de terciopelo carmesí con pistolas y fustes de plata, alta la cabeza, los puños engarfiados sobre las riendas, pasaba al tranco venteando el silencio del crepúsculo bajo la sombra del enorme tricorno, todo él envuelto en la capa negra de forro colorado, de la que sólo emergían las medias blancas y los zapatos de charol con hebillas de oro, trabados en los estribos de plata. El filudo perfil de pájaro giraba de pronto hacia las puertas y ventanas atrancadas como tumbas, y entonces aun nosotros, después de un siglo, bajo las palabras del viejo, todavía nos echábamos hacia atrás para escapar de esos carbonos encendidos que nos espiaban desde lo alto del caballo, entre el rumor de las armas y los herrajes.

El caserón de la Plaza de Armas, la Noche de Reyes, fiesta de su natalicio. En medio del parpadeo de innumerables velas que rayaba la tiniebla de la galería, el Karái Guasú en persona, ceñido de levita azul, calzón blanco y espadín, repartía limosnas a los hijos de los pobres, casi sobre los sótanos de la prisión. Iban dejando sus candiles en los corredores a cambio de los cuartillos que caían de las manos todopoderosas. No tenían para darle más qué esa gota de luz de su agradecimiento y de su miedo.

Macario se cuidaba de usar esta palabra. Pero era posible imaginar al hosco santón enlevitado escuchando con sus miradas esos andrajos y esas reverencias para ver si había debajo la sarna de la conspiración, la más mínima mota de rebeldía o de odio.

Augusto Rosa Bastos,
Hijo de Hombre

Conducía distraído, extraviado, por calles arboladas y lóbregas, donde ya no se veía a nadie y sin ver tampoco a nadie, pues en espíritu estaba en su biblioteca, siete mil volúmenes lo rodeaban, del brazo de Jenofonte o de Tucídides recorría reinados, guerras, coronaciones y desastres. Y odiaba haber cedido a esa tentación banal, esa excursión por los extramuros de la serenidad, olvidando que hacía años había elegido una forma de vivir, la lectura de viejos manuales, la traducción paciente de textos homéricos y el propósito ilusorio pero tenaz de proponer una imagen antigua, probablemente escéptica, pero armoniosa y soportable de la vida terrenal.

El claxon de una camioneta que estuvo a punto de embestirlo lo sacó de sus meditaciones. Acababa de atravesar un puente sobre la Vía Expresa, el vino astringente le había dejado la garganta seca, ese barrio aún animado debía ser Surquillo, distinguió la enseña luminosa del bar El triunfo, decían que era un antro de trancas y de grescas, no podía ser el ruido del mar lo que llegaba a sus oídos sino el canto de las sirenas, sus libros estaban tan lejos y la sed lo abrasaba, su auto estaba ya detenido frente al establecimiento y con paso resuelto caminaba hacia la puerta batiente.

En lugar de sirenas, hombres hirsutos y ceñudos bebían cerveza en los apartados pegados al muro o en las mesitas del espacio central. Ocupando una de éstas pidió también una cerveza y se deleitó con el primer sorbo de una amarga frescura y lo repitió llenándose la boca de espuma. Las noches podían ser eternas si uno sabía usar de ellas. Se entretuvo mirando las repisas cimbradas por el peso de la botellería, pero cuando quiso realmente implantar un sentido, un orden a lo que lo rodeaba se dio cuenta que nada comprendía, que no había entrado a ningún lugar ni nada había entrado en él. Era el sediento perdido en el desierto, el náufrago aterrado buscando entre las brumas la costa de la isla de Circe. Figuras cetrinas en saco blanco patinaban sobre las baldosas con platos en la mano, una sirena gorda surgió en un apartado acosada por una legión de perfiles caprenses, por algún sitio alguien secaba vasos con un trapo sucio, algo así como un chino hacía anotaciones en una libreta, alguien rió a su lado y al mirarlo vio que desde millones de años atrás afluían a su rostro los rasgos del tiranosaurio, se llevó un vaso más a la boca buscando en la espuma la respuesta y ahora la sirena era la Venus Hotentote lacerada por los tábanos, sátiros hilares se dirigían con la mano en la bragueta hacia una puerta oscura y todo estaba lleno de moscas, miasmas y mugidos. Al levantar la mano tenía delante una grasienta corbata de mariposa. Dejó unos billetes y salió mirando escrupulosamente sus zapatos, avanzaba primero un pie y después el otro, sobre un dibujo de una incomprensible geometría, entre colillas de cigarros y cápsulas de botellas.

Anduvo tambaleándose por la acera, su auto debía estar en algún lugar, avanzó una centena de metros, llegó a una esquina, otro bar abría su enorme portón, mesitas de mármol acogían a una población chillona que hacía desaforados gestos con los brazos. No tuvo ánimo de entrar allí y prosiguió su camino, seguía buscando. Pero no era la buena senda, desapareció el asfalto, los faroles se hicieron raros, perros veloces cruzaron la pista, escuchó correr el agua de una acequia, olía a matorral, un animal alado le rozó el cabello. Estaba en el reino de las sombras. Allí debían reposar los dioses vencidos, los héroes occisos de la Ilíada.

Julio Ramón Ribeyro, *Terra incognita*, 1977.

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

Cuando en las grandes solemnidades el cabildo mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de colores, parecía bien, destacándose en las tinieblas, aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña. Mejor era contemplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía a sus pies.

Leopoldo Alas, «Clarín», *La Regenta*, 1884.

Contrastaban las caras picarescas de los mudos, en cuyos ojos resplandecía todo el verbo humano, con las caras aburridas, muertas, de los ciegos, picoteadas atrozmente de viruelas, vacíos los ojos y cerrados entre cerdosas pestañas, o abiertos, aunque insensibles a la luz, con pupila de cuajado vidrio.

Detuviéronse allí, y por un momento reinó la fraternidad entre unos y otros. Gestos, muecas, cucamonas mil. Los ciegos, no pudiendo tomar parte en ningún juego, se apartaban desconsolados. Algunos se permitían sonreír como si vieran, llegando al conocimiento de las cosas por el velocísimo teclear de los dedos. Tal compasión inspiraban a Tristana aquellos infelices, que casi le hacía daño mirarlos. ¡Cuidado que no ver! No acababan de ser personas: faltábales la facultad de enterarse, y ¡qué trabajo tener que enterarse de todo pensándolo!

Apartóse Saturno de su mamá para unirse a una partida que, apostada en sitio conveniente, desvalijaba a los transeúntes, no de dinero, sino de cerillas. «El fósforo o la vida», era la consigna, y con tal saqueo reunían los muchachos materia bastante para sus ejercicios pirotécnicos o para encender las hogueras de la Inquisición. Fue Tristana en su busca; antes de aproximarse a los incendiarios vio a un hombre que hablaba con el profesor de los sordomudos, y al cruzarse su mirada con la de aquel sujeto, pues en ambos el verse y el mirarse fueron una acción sola, sintió una sacudida interna, como suspensión instantánea del correr de la sangre.

¿Qué hombre era aquél? Habíale visto antes, sin duda; no recordaba cuándo ni dónde, allí o en otra parte; pero aquélla fue la primera vez que al verle sintió sorpresa hondísima, mezclada de turbación, alegría y miedo. Volviéndole la espalda, habló con Saturno para vencerle del peligro de jugar con fuego, y oía la voz del desconocido hablando con picante viveza de cosas que ella no pudo entender. Al mirarle de nuevo, encontró los ojos de él que la buscaban. Sintió vergüenza y se apartó de allí, no sin determinarse a lanzar desde lejos otra miradita, deseando examinar con ojos de mujer al hombre que tan sin motivo absorbía su atención, ver si era rubio o moreno, si vestía con gracia, si tenía aires de persona principal, pues de nada de esto se había enterado aún. El tal se alejaba: era joven, de buena estatura, vestía como persona elegante que no está de humor de vestirse, en la cabeza un livianillo, chafado sin afectación, arrastrando, mal cogido con la mano derecha, un gabán de verano de mucho uso. Lo llevaba como quien no estima en nada las prendas de vestir. El traje era gris, la corbata de lazada hecha a mano con descuido. Todo esto lo observó en un decir Jesús, y la verdad, el caballero aquel, o lo que fuese, *le resultaba simpático... muy moreno, con barba corta... Creyó al pronto que llevaba quevedos; pero, no; nada de ojos sobrepuestos; sólo los naturales, que...* Tristana no pudo, por la mucha distancia, apreciar cómo eran.

Benito Pérez Galdós, Tristana (1892)

La conciencia del guerrero de amor arrojaba de sí, como se ha visto, esplendores de astro incandescente; pero también dejaba ver en ocasiones arideces horribles de astro apagado y muerto. Era que al sentido moral del buen caballero le faltaba una pieza importante, cual órgano que ha sufrido una mutilación y sólo funciona con limitaciones o paradas deplorables. Era que don Lope, por añejo dogma de su caballería sedentaria, no admitía crimen ni falta ni responsabilidad en cuestiones de faldas. Fuera del caso de cortejar a la dama, esposa o manceba de un amigo íntimo, en amor todo lo tenía por lícito. Los hombres como él, hijitos mimados de Adán, habían recibido del Cielo una tácita bula que los dispensaba de toda moral, antes policía del vulgo que ley de caballeros. Su conciencia, tan sensible en otros puntos, en aquél era más dura y más muerta que un guijarro, con la diferencia de que éste, herido por la llanta de una carreta, suele despedir alguna chispa, y la conciencia de don Lope, en casos de amor, aunque la machacaran las herraduras del caballo de Santiago, no echaba lumbres.

Profesaba los principios más erróneos y disolventes, y los reforzaba con apreciaciones históricas, en las cuales lo ingenioso no quitaba lo sacrilego. Sostenía que en las relaciones de hombre y mujer no hay más ley que la anarquía, si la anarquía es ley; que el soberano amor no debe sujetarse más que a su propio canon intrínseco, y que las limitaciones externas de su soberanía no sirven más que para desmedrar la raza, para empobrecer el caudal sanguíneo de la humanidad. Decía, no sin gracia, que los artículos del Decálogo que tratan de toda la *peccata minuta* fueron un pegote añadido por Moisés a la obra de Dios, obedeciendo a razones puramente políticas; que estas razones de Estado continuaron influyendo en las edades sucesivas, haciendo necesaria la policía de las pasiones; pero que con el curso de la civilización perdieron su fuerza lógica, y sólo a la rutina y a la pereza humanas se debe que aún subsistan los efectos después de haber desaparecido las causas. La derogación de aquellos trasnochados artículos se impone, y los legisladores deben poner la mano en ella sin andarse en chiquitas. Bien demuestra esta necesidad la sociedad misma, derogando de hecho lo que sus directores se empeñan en conservar contra el empuje de las costumbres y las realidades del vivir. ¡Ah! Si el buenazo de Moisés levantara la cabeza, él y no otro corregiría su obra, reconociendo que hay tiempos de tiempos.

Benito Pérez Galdós, Tristana (1892).

(RETRATO)

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradamín he sido 5
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno; 10
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética, 15
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdén las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos, 20
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo 25
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago 30
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje, 35
casi desnudo, como los hijos de la mar.

Antonio MACHADO, Cantos de Castilla (1912)

ROSA DEL PARAÍSO

Esta emoción divina es de la infancia,
cuando felices el camino andamos
y todo se disuelve en la fragancia
de un Domingo de Ramos.

El campo verde, de una tinta tierna;
los montes, mitos de amatista opaca;
la esfera de cristal, como una eterna
voz de estrellas. ¡Un ídolo la vaca!

Aladas sombras en la gracia intacta
del ocaso poblaron los senderos
y contempló la luna, estupefacta,
el paso de los blancos mensajeros.

Negros pastores, quietos en los tolmos,
adivinan la hora en las estrellas.
Cantan todas las hojas de los olmos,
la mano azul del viento va entre ellas.

El agua por las hierbas mueve olores
de frescos paraísos terrenales;
las fuentes, quietas, oyen a las flores
celestes conversar en sus cristales.

Con reflejos azules y ligeros,
el mar cantaba su odisea remota,
gentil de luces bajo los luceros,
que a los bajeles dicen la derrota.

Mi bajel, en el claro de la luna,
navegaba impulsado por la brisa,
sobre ocultos caminos de fortuna...
¡Era el cielo cristal, canto y sonrisa!

Con el ritmo que vuelan las estrellas
acordaba su ritmo la resaca,
y, peregrina en las doradas huellas,
fue sobre el mar una nocturna vaca.

En mi ardor infantil no cupo el miedo:
la vaca vino a mí, de luz dorada,
y, en sus ojos enormes, con el dedo
quise tocar la claridad sagrada.

Ramón del Valle-Inclán, El pasajero (1910)

EL CIPRÉS DE SILOS

A Ángel del Río

Enhiesto surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño,
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza,¹
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi señero, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.²

Gerardo Diego, *Versos humanos*, 1925.

¹ *Arlanza*: Río de Castilla.

² *Silos*: Monasterio de Santo Domingo de Silos (Castilla).

LA ROSA PURA

La rosa, la rosa pura.
Quiero mandarte la pura rosa.
La que no tiene símbolo ni signo.
La que no pese
porque recuerda un recuerdo.
La que no cante
porque se cogió con el gozo.
La que no tenga fecha,
fecha de hombre, fecha de número,
fecha de mundo:
la que sea su nacimiento puro
sucediendo a su mismo capullo.
La que no diga: «Me quieres», ni: «Te quiero.»
La que diga tan sólo: «Soy mis pétalos,
mi color, mi forma, soy la rosa pura. Tómame.»
La que no pida
que te la pongas en el pecho.
La que se contente con el encuentro
de su color y tus ojos,
de tu mirada, un instante.
Con el contacto
de su materia y tu vida: tu mano, un instante.
La que te deje vivir
sin rosas, si tú no quieres
tener la rosa en tu vida.

Me lavaré las manos
toda una noche entera en el agua
lenta y lustral de los ríos del sueño,
para cogerla de mañana antes
de que despierte la conciencia,
porque quiero cogerla con los dedos,
no quiero cogerla con un pensamiento.
Y si la cojo así y así te llega,
mis pies recordarán haber pisado
el paraíso, antes
del bien y el mal, de la mujer y el hombre.
Y yo seré una sombra,
y tú serás otra sombra,
sin otra realidad que la que crea
el ofrecernos una rosa pura.

Pedro SALINAS, La voz a ti debida, 1933.

LLANTO POR
IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

1935

1

LA COGIDA Y LA MUERTE

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sones del bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.

¡Y el toro solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fué llegando
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

Federico García Lorca -

JUAN. ¿Qué haces en este sitio? Si pudiera dar voces, levantaría a todo el pueblo, para que viera dónde iba la honra de mi casa; pero he de ahogarlo todo y callarme porque eres mi mujer.

YERMA. Si pudiera dar voces, también las daría yo, para que se levantaran hasta los muertos y vieran esta limpieza que me cubre.

JUAN. ¡No, eso no! Todo lo aguanto menos eso. Me engañas, me envuelves y, como soy un hombre que trabaja la tierra, no tengo ideas para tus astucias.

DOLORES. ¡Juan!

JUAN. ¡Vosotras, ni palabra!

DOLORES. (*Fuerte.*) Tu mujer no ha hecho nada malo.

JUAN. Lo está haciendo desde el mismo día de la boda. Mirándome con dos agujas, pasando las noches en vela con los ojos abiertos al lado mío, y llenando de malos suspiros mis almohadas.

YERMA. ¡Cállate!

JUAN. Y yo no puedo más. Porque se necesita ser de bronce para ver a tu lado una mujer que te quiere meter los dedos dentro del corazón y que se sale de noche fuera de su casa, ¿en busca de qué? ¡Dime!, ¿buscando qué? Las calles están llenas de machos. En las calles no hay flores que cortar.

YERMA. No te dejes hablar ni una sola palabra. Ni una más. Te figuras tú y tu gente que sois vosotros los únicos que guardáis honra, y no sabes que mi casta no ha tenido nunca nada que ocultar. Anda. Acércate a mí y huele mis vestidos, ¡acércate!, a ver dónde encuentras un olor que no sea tuyo, que no sea de tu cuerpo. Me pones desnuda en mitad de la plaza y me escupes. Haz conmigo lo que quieras, que soy tu mujer, pero guárdate de poner nombre de varón sobre mis pechos.

JUAN. No soy yo quien lo pone; lo pones tú con tu conducta y el pueblo lo empieza a decir. Lo empieza a decir claramente. Cuando llego a un corro, todos callan; cuando voy a pesar la harina, todos callan; y hasta de noche en el campo, cuando despierto, me parece que también se callan las ramas de los árboles.

YERMA. Yo no sé por qué empiezan los malos aires que revuelcan al trigo y ¡mira tú si el trigo es bueno!

JUAN. Ni yo sé lo que busca una mujer a todas horas fuera de su tejado.

YERMA. (*En un arranque y abrazándose a su Marido.*) Te busco a ti. Te busco a ti. Es a ti a quien busco día y noche sin encontrar sombra donde respirar. Es tu sangre y tu amparo lo que deseo.

JUAN. Apártate.

YERMA. No me apartes y quiere conmigo.

JUAN. ¡Quita!

YERMA. Mira que me quedo sola. Como si la luna se buscara ella misma por el cielo.

¡Mírame! (*Lo mira.*)

JUAN. (*La mira y la aparta bruscamente.*) ¡Déjame ya de una vez!

DOLORES. ¡Juan! (*Yerma cae al suelo*)

YERMA. (*Alto.*) Cuando salía por mis claveles me tropecé con el muro. ¡Ay! ¡Ay! Es en ese muro donde tengo que estrellar mi cabeza.

JUAN. Calla. Vamos.

DOLORES. ¡Dios mío!

YERMA.

(*A gritos.*)

Maldito sea mi padre, que me dejó su sangre de padre de cien hijos. Maldita sea mi sangre, que los busca golpeando por las paredes.

JUAN. ¡Calla he dicho!

DOLORES. ¡Viene gente! Habla bajo.

YERMA. No me importa. Dejarme libre siquiera la voz, ahora que voy entrando en lo más oscuro del pozo. (*Se levanta.*) Dejar que de mi cuerpo salga siquiera esta cosa hermosa y que llene el aire.

DOLORES. Van a pasar por aquí.

JUAN. Silencio.

YERMA. ¡Eso! ¡Eso! Silencio. Descuida.

JUAN. Vamos. ¡Pronto!

YERMA. ¡Ya está! ¡Ya está! ¡Y es inútil que me retuerza las manos! Una cosa es querer con la cabeza...

JUAN. Calla.

YERMA. (*Bajo.*)

Una cosa es querer con la cabeza y otra cosa es que el cuerpo, maldito sea el cuerpo, no nos responda. Está escrito y no me voy a poner a luchar a brazo partido con los mares. Ya está. ¡Que mi boca se quede muda! (*Sale.*)

Federico García Lorca, *Yerma*, 1934.

Rosario, dinamitera

Rosario, dinamitera,
sobre tu mano bonita
celaba la dinamita
sus atributos de fiera.
Nadie al mirarla creyera
que había en su corazón
una desesperación,
de cristales, de metralla
ansiosa de una batalla,
sedienta de una explosión.

Era tu mano derecha,
capaz de fundir leones,
la flor de las municiones
y el anhelo de la mecha.
Rosario, buena cosecha,
alta como un campanario
sembrabas al adversario
de dinamita furiosa
y era tu mano una rosa
enfurecida, Rosario.

Buitrago ha sido testigo
de la condición de rayo
de las hazañas que callo
y de la mano que digo.
¡Bien conoció el enemigo
la mano de esta doncella,
que hoy no es mano porque de ella,
que ni un solo dedo agita,
se prendó la dinamita
y la convirtió en estrella!

Rosario, dinamitera,
puedes ser varón y eres
la nata de las mujeres,
la espuma de la trinchera.
Digna como una bandera
de triunfos y resplandores,
dinamiteros pastores,
vedla agitando su aliento
y dad las bombas al viento
del alma de los traidores.

Miguel Hernández, *Viento del pueblo*, 1937.

Elegía a Federico García Lorca

Me olvido de vivir si te recuerdo,
me reconozco polvo de la tierra
y te incorporo a mí, como lo hace
la parte más cercana de tu tumba,
esa tierra insensible que suplanta
el amoroso afán de tus amigos.

Acabada tu vida, permanece
con su total contorno dibujado:
no hay puerta que te lleve a lo futuro.

El árbol de tu nombre ha florecido
en una incalculable primavera.

La muerte es perfección, acabamiento.
Sólo los muertos pueden ser nombrados.
Los que vivimos no tenemos nombre.

Los míticos honderos de la fama
tiran los cantos de tu nombre al mundo
y el lago de la vida abre sus ojos
con párpados de vidrio interminables:
No hay montaña, no hay cielo, no hay llanura,
que en círculos concéntricos no agrande
el eco de tu nombre esclarecido.

No es dolor fraternal, no es pena humana,
es parte, mi pesar, del sentimiento
que hace de las estrellas pensativas
flores sobre la noche que cubre.
Te escribo estas palabras separado
del cotidiano sueño de mi vida,
desde un astro lejano en donde sufro
tu irreparable pérdida llorando.

Manuel Altolaguirre, *Nube temporal*, 1939.

Este ciego lirismo que se arrastra palpando
que alarga sus antenas doloroso y elástico
este torpe lirismo cuajado cuerpo sólido
onerosa presencia de cristales truncados
este sordo lirismo mudo lirismo idiota
lirismo que se está que permanece impávido
sin saber del azul más de lo que le cuentan
roces de golondrinas y cuencas de rayos
ni del ojo del tigre más que la cifra bruta
de sus emisiones instantáneas
sin comprender apenas que es nivel de altitudes
donde empiezan las nieves perpetuas de la música

Este lirismo en fin inválido y tullido
soportando el terrible secreto de sus ansias
su pólvora de odios su pasión de metales
su choque de remoto terremoto
¿lo llevamos al cuello para hundirnos
en el pozo del vértigo sin límite
o para hacer posible el divino equilibrio
de esas alas de seres que
vuelan cantan traspapelan azotan?

Gerardo Diego, *Biografía incompleta*, 1953.

(Aparece un personaje de hoy, enbozado en una capa oscura, cubierta la cara, que ocultará durante toda la escena bajo unos paños oscuros también, con una recortada gran cabeza de toro, chorreada de sangre. [Esta cabeza debe ser copiada de una obra de Picasso pintada en 1938 cuyo título es: Naturaleza muerta con cabeza de toro. Sujeta a un cabo de madera, el actor podrá llevarla de la mano.] Por el lado contrario llega otro personaje, también enbozado, pero vestido como un majo gayesco, tapada totalmente su cabeza hasta el cuello por una alta chistera en la que puede verse dibujado un gran ojo. Lleva en la mano una enorme palmatória encendida. Detenidos, a distancia, se miran en silencio, recelosos. Luego, al de la palmatória se acerca al de la cabeza de toro, observándola atentamente con la vela.)

EL DE LA PALMATORIA.- (Después de un largo silencio.)

¿Puedo decirte malas noches?

EL DE LA CABEZA DE TORO.- (Miriéndola, como asintiendo.)

¡Muuu! (VOCES 1 y 2 creciendo al tono poco a poco.)

VOZ 1.- ¡España!

VOZ 2.- Fina tela de araña...

VOZ 1.- Guadaña y musaraña...

VOZ 2.- Braña, entraña, cucaña...

VOZ 1.- Saña, pipirigaña...

VOZ 2.- Y todo lo que suena y consuena contigo:

VOZ 1 y 2.- ¡España! España!

VOZ 3.- (Desgarrada.) ¡Aaaaaayyyyy!

EL DE LA CABEZA DE TORO.-

El toro que se estrena y que se llena

de ti y en ti se baña,

se laña y se deslaña,

se estaña y desestaña,

como toro que es toro y azul toro de España.

He venido...

EL DE LA PALMATORIA.- Yo siempre estoy aquí.

EL DE LA CABEZA DE TORO.- He vuelto... Yo vuelvo siempre: cuando me ofenden, cuando me provocan, cuando quieren matarme...

EL DE LA PALMATORIA.- (Como un eco.) Cuando quieren matarme...

VOZ 1.- La dulzura, el estupro...

VOZ 2.- La risa, la violencia...

VOZ 1.- La sonrisa, la sangre...

VOZ 2.- El cadalso, la feria...

VOZ 1 y 2.- Hay un diablo demente persiguiendo a cuchillo la luz y las tinieblas.

EL DE LA PALMATORIA.- Cuando quieren matarte... Comprendo.

EL DE LA CABEZA DE TORO.- Tú, sí. Seguro que tú sí.

EL DE LA PALMATORIA.- Con mi mano he matado muchos toros...

EL DE LA CABEZA DE TORO.- Muchos toros. Pero a mí...

EL DE LA PALMATORIA.- ¿A ti? ¿Quién se abrevía a hacerlo? A ti no se te puede matar.

EL DE LA CABEZA DE TORO.- No se te puede matar. Comprendes. (Explosiones lejanas.)

EL DE LA PALMATORIA.- Quieren entrar... ¿Los oyes? ¿Es que vuelven?

EL DE LA CABEZA DE TORO.-

Entrar de nuevo, sí... Pero

el toro del pueblo sube,

rebosa el toro de España.

Por las calles crece, inmenso,

se yergue furioso, salta.

Es un ciclón de hermosura,

trompa de rayos y llamas.

Vive el toro, vuelve el toro.

No hay ruedo para él, no hay plaza,

barreras que lo limiten,

hierros que le pongan trabas.

El toro del pueblo ha vuelto.

Su ruedo es ya toda España.

EL DE LA PALMATORIA.- (Acerándose más e iluminándole de nuevo la cabeza.) ¡El toro! ¡El toro! Te alumbró. Arranquemos. Te acompaño. (Mientras cambian lentamente.) Muertos, muertos y muertos. Sin socorro, amontonados, sin enterrar, comidos por los perros y las ratas... ¡El toro!

EL DE LA CABEZA DE TORO.- (Deteniéndose.) ¡El toro! Pero yo también soy un hombre...

EL DE LA PALMATORIA.- Y yo no soy tan sólo el disfrazado que aquí ves esta noche. ¿Eres?

EL DE LA CABEZA DE TORO.- (Recalcando las palabras.) Soy... nombrado por el gobierno de la República: el nuevo director de este Museo en guerra. Pintor. Me llamo Picasso.

EL DE LA PALMATORIA.- (Observándolo de nuevo con la vela.) ¡Carajo! Estás muy parecido. No podías ser otro. (Recalcando también las palabras.) Yo me llamo Goya.

PICASSO.- Lo veo. Sólo tú puedes ir así ¡qué coño! (Ligera pausa. Luego, mientras le da la mano.) Pablo Picasso.

GOYA.- Francisco de Goya.

PICASSO.- En este mes de noviembre de 1936.

GOYA.- En este mes de mayo de 1808.

(Desaparecen. mientras PICASSO muge largamente y GOYA lanza una extraña carcajada, llevando la palmatória encendida en lo alto de la chistera.)

Rafael Alberti,
Noche de guerra en
el Museo del Prado,
1936.

Martín va desbocado, el pecho jadeante, las sienes con fuego, la lengua pegada al paladar, la garganta agarrotada, las piernas flácidas, el vientre como una caja de música con la cuerda rota, los oídos zumbadores, los ojos más miopes que nunca.

Martín trata de pensar, mientras corre. Las ideas se empujan, se golpean, se atropellan, se caen y se levantan dentro de su cabeza, que ahora es grande como un tren, que no se explica por qué no tropieza en las dos filas de casas de la calle.

Martín, en medio del frío, siente en sus carnes un calor sofocante, un calor que casi no le deja respirar, un calor húmedo e incluso quizás amable, un calor unido por mil hilos invisibles a otros calores llenos de ternura, rebosantes de dulces recuerdos.

—Mi madre, mi madre, son los vahos de eucaliptus, los vahos de eucaliptus, haz más vahos de eucaliptus, no seas así...

A Martín le duele la frente, le da unos latidos rigurosamente acompasados, secos, fatales.

—¡Ay!

Dos pasos.

—¡Ay!

Dos pasos.

—¡Ay!

Dos pasos.

Martín se lleva la mano a la frente. Está sudando como un becerro, como un gladiador en el circo, como un cerdo en la matanza.

—¡Ay!

Dos pasos más.

Martín empieza a pensar muy de prisa.

—¿De qué tengo yo miedo? ¡Je, je! ¿De qué tengo yo miedo? ¿De qué, de qué? Tenía un diente de oro. ¡Je, je! ¿De qué puedo tener yo miedo? ¿De qué, de qué? A mí me haría bien un diente de oro. ¡Qué lucido! ¡Je, je! ¡Yo no me meto en nada! ¡En nada! ¿Qué me pueden hacer a mí si yo no me meto en nada? ¡Je, je! ¡Qué tío! ¡Vaya un diente de oro! ¿Por qué tengo yo miedo? ¡No gana uno para sustos! ¡Je, je! De repente, ¡zas!, ¡un diente de oro! ¡Alto! ¡Los papeles! Yo no tengo papeles. ¡Je, je! Tampoco tengo un diente de oro. Yo soy Martín Marco. Con diente de oro y sin diente de oro. ¡Je, je! En este país a los escritores no nos conoce ni Dios. Paco, ¡ay, si Paco tuviera un diente de oro! ¡Je, je! Sí, colabora, colabora, no seas bobo, ya darás cuenta, ya... ¡Qué risa! ¡Je, je! ¡Esto es para volverse uno loco! ¡Éste es un mundo de locos! ¡De locos de atar! ¡De locos peligrosos! ¡Je, je! A mi hermana le hacía falta un diente de oro. Si tuviera dinero, mañana le regalaba un diente de oro a mi hermana. ¡Je, je! Ni Isabel la Católica, ni la vicesecretaría, ni la permanencia espiritual de nadie. ¿Está claro? ¡Lo que yo quiero es comer! ¡Comer! ¿Es que hablo en latín? ¡Je, je! ¿O en chino? Oiga, póngame aquí un diente de oro. Todo el mundo lo entiende. ¡Je, je! Todo el mundo. ¡Comer! ¿Eh? ¡Comer! ¡Y quiero comprarme una cajetilla entera y no fumarme las colillas del bestia! ¿Eh? ¡Este mundo es una mierda! ¡Aquí todo Dios anda a lo suyo! ¿Eh? ¡Todos! ¡Los que más gritan se callan en cuanto les dan mil pesetas al mes! O un diente de oro. ¡Je, je! ¡Y los que andamos por ahí tirados y malcomidos, a dar la cara y a pringar la marrana! ¡Muy bien! ¡Pero que muy bien! Lo que dan ganas es de mandar todo al cuerno, ¡qué coño!

Martín escupe con fuerza y se para, el cuerpo apoyado contra la gris pared de una casa. Nada ve claro y hay momentos en los que no sabe si está vivo o muerto.

Martín está rendido.

Camilo José Cela, La colmena, 1951.

Mañana saldré con los soldados y dejaremos atrás los montes de la lucha. También se quedarán atrás las noches de frío en el Cerro de los Curas, los cigarros torcidos de Sebas y las canciones tristes de Nicanor el de Losa. Han sido muchos años de recorrer la tierra calcinada de la guerra, rota, definitivamente rota, por el silencio que al final de todo se levantará como el único vestigio del pasado. Cuando a uno lo van a matar y los disparos le alcanzarán a pie quieto, a lo mejor con los ojos vendados o por la espalda, la muerte tendrá el gusto amargo de la humillación y la vergüenza. Cuando te has pasado media vida trajinando los bosques de sabinas, el barro negro de las torrenteras, los vientos salvajes y helados de febrero, lo que quieres es una muerte digna, que te convierta no en un héroe, porque los héroes tienen, como los dioses, un destino plagado de venganzas, sino en una memoria de la que no se avergüencen los tuyos y quienes vendrán después a heredar el legado de los tuyos. Y ahora estoy aquí, en este rincón miserable donde duermen los caballos cansados de los guardias y donde escribo estas palabras de despedida en la paja húmeda y fría de la cuadra, llena de cagadas de caballo, de olor nauseabundo a no sé qué cosa parecida a la desesperación, a la muerte que me sucederá mañana mismo con los ojos vendados, plantado delante de las tapias oscuras de un cementerio clandestino que borraré toda posibilidad de que alguien, algún día, escarbe amorosamente en el recuerdo. Voy a morir mañana y ahora hay una niña que mira desde la calle y no dice nada y luego se ha ido corriendo en compañía de un niño detrás de una paloma. En los ojos de la niña había la curiosidad inocente de la infancia, el temblor de la sorpresa, a lo mejor la piedad hacia el hombre desconocido que duerme donde duermen los caballos. No sé qué se preguntará la niña porque este tiempo ha acabado también con las preguntas y sólo la gente se atreve a mirar desde la oscuridad, desde el mirador secreto que la convierte en presencia anónima, sin ojos y sin voz y sin aliento apenas para seguir viviendo. Ha seguido la niña a la paloma y yo sigo esperando la muerte en la soledad obscena de una celda improvisada que huele a entrañas de caballo y mañana se alejarán de aquí las huellas que alguna vez dejó en los montes la esperanza.

Y mientras se recuestan en el rincón de la cuadra la mugre y el cansancio, en alguna parte andará Justino purgando una traición inesperada. Y como hay traiciones y traiciones, la de Justino se urdió en el territorio más indigno para quienes le obligaron a cumplirla y en aquel otro que menos causas habrá de ganar para el resentimiento de quienes luego, cuando pasen los años, hayan de hacer inventario, desde la vergüenza a que obligan la neutralidad y la justicia, de lo que fue la guerra sin cuartel que sucedió en las montañas.

LA ROSA DE LA IDEA

Te he visto abrirte en tu jardín abstracto,
altiva por tu sueño, peregrina,
en el arriate indemne de las categorías,
tratando de explicar lo inexplicable,
incapaz de decirnos y diciéndonos.

He aspirado tu esencia de durmiente,
pétalo por los siglos, que no cesa,
cuando aguardas los labios del pensar
para resucitarte con un beso.

Al hacerte de carne en las palabras,
hermética en tu cuerpo y ya de todos,
por nuestra intimidad recién nacida
he acariciado en ti a mi confidente,
y me he marchado en mí a lo más lejano.

En la ilusoria ermita de tu huerto,
me he tumbado a escuchar, desentendido,
la música silente de la umbría,
que en tu reserva canta hacia los dioses,
esa otra flor de inexistencia toda,
de toda insensatez nunca escuchada,
que sólo crece erguida en nuestra mente,
y allí recama en gloria su vacío.

Roja por liviandad,
 blanca en posteridad,
 negra de alteridad,
 amarilla de allende el mas allá
 grave en tu tallo,
 humana y más que humana,
 cuánto sabes de mí, cuánto me escondes.

Como no te menciono, más te nombro,
para que por tu ausencia vivas pura,
incólume en belleza imaginaria.

Carlos Marzal, *Fuera de mí* (2004).